Sobre todo, no quiero que otra mujer sea dueña de él en seguida y le mande que me olvide. Lazarine, querida Lazarine, dime que no la obedecerá.

La marquesa iba á responder.

No tuvo tiempo.

Abrióse una puerta y apareció Renée.

—Buenos dias, querida hermana—dijo.—No estaba aquí cuando llegaste, y sin embargo, hubiera querido ser la primera en abrazarte. Perdóname, he pasado dos noches en pié. Me ha vencido el cansancio y estaba durmiendo.

III

—Renée se está matando—murmuró la condesita,—pero Lazarine me ayudará á conseguir que descanse, porque bien lo necesita. Es preciso que no abuses de tí, querida hermana, si no por tí, por mí. Piensa en que si abusas de tus fuerzas, como lo estás haciendo, acabarás por caer enferma y no podrás dispensarme los

tiernos cuidados que me dispensas, y de los cuales no podria prescindir.

—He dormido algunas horas y me he repuesto—contestó la jóven despues de abrazar á Lazarine,—y ya estoy mas fuerte que nunca.

La señora de la Tour du Roy miraba á Renée, y se asombraba del cambio que se habia operado en su persona en unos cuantos meses.

La hija segunda de Julio Leroux no habia perdido nada de su soberana belleza, pero la expresion de su rostro se habia modificado de un modo inesperado y sorprendente.

Hubiérase dicho que Renée vivia dominada por un sombrio y tenaz pensamiento; tal era la severa rigidez y gravedad de su rostro.

Un profundo surco se dibujaba entre sus cejas.

Sus labios habian dejado de sonreir.

Sus ojos, con grandes ojeras, estaban contínuamente bajos, como si procurase examinar su interior.

Sus largas pestañas proyectaban una sombra trasparente sobre sus enflaquecidas mejillas, de una palidez marmórea.

Cuando levantaba los párpados, fulguraba en su mirada una llama singular que surgia del fondo de sus negros ojos.

Semejantes inquietas miradas solo pueden lanzarlas los locos peligrosos.

—Juana tiene razon—pensó la marquesa.—Renée se está matando. Abusa de su valor, y las vigilias la están destruyendo. Los que creian que era tan egoista como mi padre y tan incapaz como él de hacer un sacrificio ó un acto de abnegacion, la calumniaban seguramente. No es posible negar la evidencia; pero desconozco á mi hermana. Es una trasformacion por la que hay que felicitarla.

—Queridas mias—dijo la condesita uniendo las manos de Lazarine y de Renée,—ya que os veo á la cabecera de mi lecho, ¿quereis proporcionarme un placer inmenso?

—¡Qué sí queremos!—exclamaron á la vez las dos hermanas.

—Pues bien—contestó Juana sonriendo,—no nos ocupemos de mí, y hablemos de las tres como si no estuviese enferma. Así creeré que estoy curada.

—No deseo otra cosa—contestó la marquesa,—¿pero de qué hablaremos?

—De todo siempre que no sea de mí.... sobran asuntos, y una y otra teneis mucho entendimiento. Hablemos primero de papá. ¿Está bueno? ¿Se conserva bien? ¿casi jóven?

—Mas jóven que nunca.

—¡Es particular!—contestó la marquesa.

—Particular nó. Es una naturaleza privilegiada. Es el hombre mejor del mundo, y es feliz al saber que nosotras lo somos.

Lazarine miró á Renée.

Renée, cuyos labios habian perdido la costumbre de sonreir, dejó ver un rictus lleno de amargura.

Juana prosiguió:

—¿Cuando ha sido la última vez que has visto á papá?

—La víspera de mi partida. Y encargó que te diera muchos besos en su nombre.

—¿Y por qué no has cumplido el encargo? Ya puedes reparar tu falta. Vamos pronto, así. ¿Y cuando vendrá papá á Hojas-Verdes?

—No lo sé.... ¡está tan ocupado!

La condesita se echó á reir.

—Sí.... sí.... mucho—dijo,—ya sé yo cuales son sus grandes quehaceres, mejor dicho, me los figuro. Desde que me he casado no soy tan inocente como antes. ¿Sigue siendo el íntimo amigo de ese perpetuo jóven, el príncipe de Castel-Vivant?

Lazarine palideció.

El nombre pronunciado por su hermana, la recordaba la catástrofe ocurrida dos dias antes.

Disimuló su turbacion y contestó:

—Siempre.

—¿Y está bueno el príncipe?

—Es de creer.

—Me alegro. Deseo á cuantos conozco una salud perfecta. ¡Es tan preciosa la salud! ¿Y de mi sobrinito Raoul, de quien nada me dices? Debe ser hermosísimo; ¿eh? ¿es muy guapo?

—Así dicen. Yo, como puedes comprender, creo que es el mas hermoso del mundo.

—Para ser un ángel no necesita mas que parecerse á su madre. ¿Cuando me le vas á traer?

—Mañana mismo si quieres.

—¡Qué gusto!

—Y dime, ¿se sufre mucho cuando se dá á luz un niño?

—Yo he sufrido muy poco.

—¡Es natural! ¡Eres tan enérgica y tan fuerte!

La conversacion continuó en este tono.

Juana preguntaba á su hermana acerca de mil fruslerias, á las que la pobre niña parecia dispensar extraordinario interés; quiso conocer hasta en sus menores detalles como estaba alojada Lazarine en Paris.

Renée callaba y seguia escuchando; pero sus miradas carecian de fijeza.

El conde de Gordes interrumpió el diálogo entrando en el cuarto de su mujer.

Máximo venia con él.

—Querida Lazarine—dijo Raoul,—permitidme que os presente á nuestro médico, nuestro

amigo y nuestro huésped el doctor Giraud.... Conoceis la opinion que me merece, y os sorprenderá el oirme pediros que le concedais una parte de vuestro afecto.

La señora de la Tour du Roy estrechó la mano del jóven y contestó:

—El afecto que mi hermano solicita de mí para vos podeis contarlo como conseguido anticipadamente, así como mi mas profundo agradecimiento.

Tambien Máximo habia cambiado mucho.

Sus incesantes preocupaciones, sus angustias desgarradoras, sus constantes luchas contra lo desconocido, sus batallas sin tregua contra lo imposible, la pertinacia de sus investigaciones, el convencimiento de su impotencia, el desaliento en fin que se apoderaba de él, llegando á hacerle desesperar, habian ajado, consumido, destruido su irregular pero inteligente y simpática fisonomia.

Apenas habia cumplido veintisiete años y parecia tener cuarenta.

—Perdonad si os interrumpo—dijo despues de haber contestado como debia á las afectuosas palabras de la marquesa.—La visita de una hermana querida será muy consoladora para nuestra enferma, y tal vez influya en la convalecencia, pero no es bueno abusar ni aun de las cosas mejores. Toda conversacion segui-

da y prolongada produce cansancio; y como la señora de Gordes necesita absoluto reposo, os pido que se lo concedais durante algunas horas para que pueda estar sola y dormir.

—Querido doctor—dijo Juana sonriendo,—sois un tirano, un aguafiestas. Habia olvidado casi mi mal, tan alegre era nuestra conversacion, y he aquí que por mandarlo el médico es preciso que me calle, que cierre los ojos y que me duerma. Pero, en fin, soy obediente como lo sabeis, obedezco siempre; obedeceré una vez mas, aunque os confieso que siento bullir en mí vivos impulsos de rebelarme.

Renée intervino.

—Doctor—dijo—¿le doy la medicina ya? ¿no es cierto?

—Sí, y os ruego que se la deis.

La jóven salió de la alcoba y entró en el tocador, que comunicaba con el gabinete de su hermana.

Juana continuó:

—¿Pero volveré á ver hoy á Lazarine? ¿Me lo prometeis?

—Ciertamente—contestó Máximo,—si la señora marquesa prolonga hasta la noche su estancia en el castillo de Gordes.

—Te quedarás, ¿no es verdad, hermana mia? —preguntó la condesa con acento suplicante.

—Sí—dijo Lazarine,—me quedaré; basta que

tú lo desees. Comeré aquí y no saldré hácia la Tour du Roy hasta las nueve de la noche:

Juana dió unas cuantas palmadas muy contenta, y prosiguió:

—¿Volverás mañana?

—Volveré.

—¿Y me traerás á mi sobrino?.... Me lo has ofrecido.

—Te cumpliré mi palabra.

—¡Qué buena eres y cuanto te quiero.

Renée apareció con la medicina.

La señora de Gordes cogió la taza y apuró el contenido hasta la última gota.

—¡Como amarga esto!—murmuró.

—¿No mas de lo que ordinariamente?—dijo el doctor.

—Sí, mucho mas, ¡oh! pero mucho mas.

Máximo se sorprendió.

—Doctor—dijo Renée,—el frasco está aún casi lleno, ¿quereis probar la infusion para conveceros?

—Con sumo gusto, señorita.

El jóven acompañó á la segunda hija de Julio Leroux, vertió en una cuchara algunas gotas del medicamento, cuya receta habia extendido y cuya preparacion habia dirigido tambien, y se llevó la cuchara á los labios

—¿Qué decís?—preguntó Renée despues de esto.

—¡Idéntico!—contestó,—una disposicion particular aumenta hoy para la señora de Gordes la amargura casi insignificante de la infusion.

—¿Es mala señal eso?—preguntó.

—Nó.

—Creo que no debemos alarmar á Juana. Decidle que la medicina os ha parecido como á ella, mas amarga que de costumbre.... ¿Sois de mi parecer?

—Sí, señorita.... voy á seguir vuestro consejo.

Máximo entró en el cuarto, siguió el consejo de la jóven, y la señora de Gordes exclamó:

—Tenia razon No me engañaba. Todavia siento el amargor; parece que tengo hiel en la boca. ¿Puedo tomar un poco de jarabe?

—No hay inconveniente—contestó el doctor. Nosotros nos retiramos—añadió.—Voy á avisar á Genoveva que vele en el cuarto inmediato y que acuda al lado de Juana en el momento mismo en que llame.

Lazarine y Renée, Raoul y Máximo, se dirigieron hácia el salon, y toda la tarde fué consagrada por ellos á una larga conversacion cuyo tenor creemos excusado indicar.

Juana durmió con febril intranquilidad, y se despertó mas rendida y mas débil de lo que habia amanecido aquel dia; pero disimuló su estado, y llegó hasta el extremo de decir que

se encontraba mejor cuando su marido y sus hermanas vinieron de nuevo á visitarla.

La marquesa y el conde creyeron de buena fé á la enferma; pero Máximo no participó de su ilusion, porque á su pesar frunció el ceño y su rostro afectó una sombria expresion.

Lazarine emprendió el camino de la Tour du Roy á las nueve de la noche, no sin prometer volver al dia siguiente acompañada de su hijo Raoul, para presentarlo á su tia y á su padrino.

Cumplió su palabra, y Juana, cuyo estado se habia modificado algo, besó con delicada ternura al hermosísimo niño, blanco y sonrosado que apenas podia sostenerse en brazos.

Al dia siguiente, en el momento que la marquesa se disponia á almorzar sola, el criado Domingo presentó á la señora en una bandeja dorada los periódicos y las cartas que acababan de llegar.

Lazarine miró los sobres.

Dos letras conocidas, la de Marcelo Laugier y la de Julio Leroux, llamaron su atencion.

La señora de la Tour du Roy, poniendo á un lado la carta del ex-oficial, cogió con indiferencia la carta del *mejor de los padres* y rompió el sobre.

Pero apenas habia leido las primeras líneas, desapareció la desdeñosa expresion de su ros-

tro, abrió los ojos desmesuradamente, y de sus labios se escapó un grito de estupor.

IV

Nada mas natural que el estupor de la señora de la Tour du Roy.

La carta de Julio Leroux empezaba así:

"¡Gran noticia, querida marquesa, enorme y maravillosa noticia!

"Como buen padre que he sido, soy y seré siempre, no quiero dilatar un instante, ponerte al corriente de un hecho que, ó mucho me engaño, ó creo que ha de interesarte extraordinariamente.

"Voy, pues, rectamente al asunto, prescindiendo de galas de estilo como tal vez lo hiciera otro en mi lugar.

"Viste, segun confesion tuya, al difunto Begourde, al príncipe Héctor de Castel-Vivant, exhalar su último suspiro á consecuencia de un desafio con Marcelo Laugier. ¡Un desafio en regla, á fé mia.

"Pues bien; hija mia, habias visto mal; el difunto Begourde no ha muerto y lo que es mas aún, por esta vez no hay peligro de que muera." . . . . . .

. . . . . .

Al llegar á este punto fué cuando Lazarine lanzó un grito de asombro.

—¡Vivo!—murmuró—¡vivo! Entonces no hay nada perdido. Todo puede volver al estado en que se hallaba antes del duelo. ¿Por qué he partido? Por fortuna, la Tour du Roy no está lejos de Paris.

Luego continuó la lectura.

Julio Leroux se expresaba en los términos siguientes:

"Esta mañana estaba yo almorzando á las once en el café Inglés.

"Un carruaje elegante se detenia en la esquina del baluarte.

"Observé, y ví que bajaba el príncipe. Comprenderás que me refiero al verdadero, de Godefroy.

"Dió órden de esperar, y se dirigió hácia el restaurant mientras que su cochero echaba la manta á los caballos.

—"¡Bueno!—me dije,—voy á tener noticias del entierro.

"Godefroy entró en el café. No llevaba ga-